

En la ducha no hay traidores

Manuel FV

**EN LA DUCHA
NO HAY
TRAIDORES**

MANUEL FERNÁNDEZ-VILLVERDE

Capítulo 1

EN LA DUCHA NO HAY TRAIADORES

O sí. Apenas recuerdas un día que no hubiera burlas sordas sobre tu redonda figura tras la clase de gimnasia, pero de alguna manera el agua caliente sobre tu cuerpo tapaba los estúpidos gritos de tus compañeros del colegio. No lo entendías entonces. No lo entiendes ahora. El tiempo ha pasado. Mucho. Pero tu cuerpo sigue impermeable al ejercicio. La grasa se niega a abandonar su hogar. Y ahí estás, agarrado a esa extraña figura que te aisló a pesar de tus baldíos intentos por ser uno más. No lo fuiste. No lo eres. Tu armazón abdominalmente abultado, tu fina cara sonrojada terminada en un colgajo de sebo aún joven que se balancea como una barca en altamar, esos ojos introvertidos y azules tras unas gafas de montura clásica metálica, unas piernas robustas y pálidas...No, no eres gordo, eres fofo. Ser ajeno a la capacidad humana para adelgazar no es tu puta culpa, pero te empeñas en probar que puedes hacerlo, vaya que sí. Y ahora, para colmo, te enamoras. ¿Será un punto de inflexión?, o tal vez solo otro punto más en la larga cicatriz de tu vida. Difícil, ya lo sabes. Empiezas con la partida perdida, pero lo intentas, vaya si lo intentas.

Te aprecio, creo. Nos conocemos desde años y con el tiempo he terminado aceptando que formas parte de mi vida. De esta vida mía que tampoco es especialmente normal. A saber qué opinas de que yo tenga una barbería de señoras. Nunca has pisado La Española, pero te atreves a darme consejos cuando nos vemos para tomar una cerveza delante de unas almendras sin sal «porque así son más sanas», defiendes. Vale, lo acepto, pero entonces déjame que te diga lo que opino de lo que te pasa ahora, Ander, y de tu comedura de coco. Déjame que lo haga.

De acuerdo que la conoces de la oficina. Aclaro, trabaja en el mismo edificio en el que lo haces tú, pero no sabes cómo se llama y tras mucho tiempo de verla salir y entrar habéis terminado saludándoos sin saber la razón. Puede que ella salude a todo el mundo. Puede que porque cada vez que te cruzas con ella se te queda cara de panoli y ella se ve forzada a saludarte. Eso o mandarte a la mierda. Eso sería lo más fácil, aunque los dos sabemos que eso nunca ocurre porque en el fondo todos somos políticamente correctos. Aunque te digo una cosa, te ahorraría preocupaciones y una futura derrota, pero parece agradable, así que en eso has tenido suerte, por ahora.

Me contaste que un día, mientras paseabas en esa eterna hora que tienes para comer, solo, la viste entrar en *The National*, el gimnasio tan moderno que hay en la zona alta de Barcelona, junto al Turó Park. Viste el cielo abierto, o un pequeño agujero entre las nubes. La conexión era sencilla, la oportunidad *painless*, que dirías tú. Odio cuando usas anglicismos. En realidad, Ander, ya te he dicho que te aprecio, creo, pero desde fuera

muchas veces das pena, aunque lo peor de verdad, es que la mayoría de veces solo indiferencia. A lo que iba, cuando hablas con anglicismos es un momento de pena.

Caminas entre combustiones. Ander, tienes dudas. Cómo no vas a tenerlas. Si vuelves a fallar serás un «pringao» eterno. Perdón, rectifico: ya eres un «pringao» eterno, pero no lo sabes. O no lo aceptas. Ander, eres de lo que no hay. No sé si eres real. Te agarras a todo lo que puede permitirte estar con ella, pero es que ella, bueno, pasará de ti. Vale, adelante. No seré yo quien te diga que desistas. ¿Que te apuntas a su gimnasio?, iojo, que es muy exigente! No, no se me olvida, lo intentas, vaya que si lo intentas. Has visto que efectivamente ella va siempre a la hora de comer. Lógico, es el único rato que tiene entre reunión y reunión.

Es morena, con pelo largo y recogido. Siempre. Tiene un aire a Patti Smith de joven, pero con la nariz un poco diferente. Te encanta su nariz desnivelada en pendiente. La gente diría que es un apéndice ganchudo, pero para ti solo es una función cóncava. Muy ella. Te gusta incluso esa mandíbula tan paralela, tan caballesca. Y esos poderosos brazos. Si te da un guantazo, Ander, te revienta. No pongas cara de «me gustaría que lo hiciera», ese es un nivel que aún no has alcanzado.

A ver, debes plantearte tus límites. Sí, tienes límites. Voy a resultar un poco cruel pero es que quiero intentar ser directo. Necesitas que lo sea. Tu cuerpo es una piltrafa. No tienes ni treinta años y el tocino te cuelga como si creases manteca en vez de sudor. No es nada personal, ¡Dios me libre! Es que ni siquiera estás gordo. Es como una enorme morcilla que te guardas bajo la piel para épocas de carencia. Y tus «pechines». Digo «pechines» por no ser malo, pero, querido mío, son dos montañitas de merengue blandurrio y deforme que quedarán muy mal con cualquier camiseta. A ciertas edades las camisetas ya no quedan bien, en tu caso da igual la edad. Con este panorama, ¿quieres intentar que te haga caso precisamente en su terreno, en el gimnasio? No hay quien te entienda.

Deberías preparar las cosas con cuidado. Lo primero, la ropa. No sé si decirte que sea de marca o no, te va a quedar igual de mal, pero no vayas con la camiseta de algodón grueso publicitando cerveza o frases graciosas como «Juego de Sidras» o «Si quieres fiesta tira de esta» con dos flechas apuntando a tu cimbrel. Al menos con la marca puede que demuestres poderío. Al fin y al cabo eres hijo de papá. Un papá muy rico. Trabajas en su despacho de abogados y ganas una pasta. No sabes hacer una mierda, pero el nepotismo mola. Lo digo con envidia, porque me gustaría tener esa suerte. No sé si oler a dinero te servirá de algo, y sin embargo contigo no podemos descartar ninguna opción. Ya, ya sé que suena machista el comentario, pero chico...

¿Te dejas esas gafas? Bueno, con ellas transmites que eres más clásico que el hilo negro, aunque tampoco creo que sea relevante. Me parece más

curioso que entres a sudar con las gafas, porque seguro que se te empañan eso no creo que ayude a tu imagen divina.

Lo siguiente, no hacer el ridículo. Cojonudo que empieces en el gym. Adelante, pero comienza con una clase sencilla. No demuestres debilidad. Sería una gran cagada que en tu primera aparición dejaras la moqueta llena del bocata que te prepara mamá para el almuerzo. El fuet no es de rápida digestión, o al menos en tu caso seguro que no, y dejar los pedazos medio masticados, porque en realidad tu engulles, acabaría con toda esperanza. No importa que le hayas dicho a tu madre que lo quieres de pavo sin sal, sin grasa, sin sabor... sigue manchando igual. ¿Estás preparado? Pues adelante, vamos a ello. ¿Que ya has hablado con ella? Pues cuéntame.

—Hola, ¿qué tal? ¡Vaya casualidad! No sabía que venías a este gimnasio —mientes y queda raro decir eso a alguien a quien solo saludas en la oficina.

—Sí, desde hace un par de años vengo —te marca su territorio—, y la verdad es que me viene muy bien para desconectar de la ofi.

—Yo empiezo hoy, pero ya hacía mis pinitos en otro gym —vuelves a mentir. Pinitos como mucho en el wáter —inodoro te gusta decir a ti— de la oficina. De pavo, sin sal.

—Pues te va a encantar —te desafía, cuidado—, sobre todo esta clase que es medio baile.

Vaya, eso no lo habíamos tenido en cuenta, y puede que no sea una buena idea. Bailar no es una de las habilidades que se te dan bien, Ander. No te he visto nunca, pero no hay que ser muy listo para ver que seguramente tengas dos pies izquierdos. O lo que es peor, tu movimiento resulte grotesco.

No nos pongamos nerviosos. Sitúate al fondo de la sala, detrás de ella. Cerca, pero sin agobiar. Respira hondo y atento al reloj. Intenta dosificarte para llegar con cierta dignidad. ¿Hay un vídeo de *Instagram*? Madre mía, peor de lo que pensaba. No eres capaz de levantar un brazo como es debido, y el sudor empañando tus gafas. Ponte lentillas. Levanta un poco las rodillas, que pareces un elefante intentando saltar. Vas lento y descoordinado. Ellos suben, tú bajas; cambias de ejercicio y tú aún estás terminando de entenderlo. Romperé una lanza en tu favor, lo estás intentando, vaya si lo intentas.

¿Y después de la clase? Espero hayas podido recuperar el aliento y seguir con la conversación. No creo que haya sido muy fructífera pero cuenta,

cuenta.

—¿Qué te ha parecido? —te interroga.

—No ha estado mal, he aguantado bastante bien el ritmo —finges, mientes como antes, así mal vamos—, ya veremos con la clase más dura.

—Esa es complicada, en serio, incluso para los que llevamos tiempo —te avisa porque creo que no confía mucho en ti—. Mucha gente la evita.

Te tiente invitarla a un café, pero no te atreves. Ya lo imaginaba. No te has atrevido nunca. Pero en este caso me parece mejor. Demasiado pronto para perder.

Ha habido un segundo día, pero el segundo día es peor porque te duelen hasta las pestañas, y porque ella no viene. ¿Qué pensabas, que iba a aparecer por el gym todos los días para ver si estabas tú? Ander, no te enteras de nada. Sigue probando, puede que haya suerte. Al menos en esta segunda clase puedes dedicarte a mirar al resto de alumnos. No puedes consolarte pensando que hay algún chico igual de torpe que tú, pero al menos puedes deleitarte con otras compañeras visualmente interesantes. Una con un Buda tatuado en la espalda cuyos pechos son, sin duda, completamente perfectos. Madre mía —piensas—, ni en el mejor de mis sueños me miraría. Tienes razón. Me hablas de otra, una que dices que está en la primera fila, la de la trenza rubia con el maquillaje impoluto a pesar del sudor. Seguramente termine expandiendo el culo, pero justo ahora está en una morbosa plenitud. Sabes que tampoco te hará caso. Creo que en realidad te asustaría si te dijera algo, no sabrías ni reaccionar más allá de tartamudear. Normal, por una vez no sería culpa tuya. A mí también me ha pasado La Española. Bueno, no, pero porque no he tenido esa suerte. El resto, bueno, tiene mucho potencial —comentas—, ...aquella con los brazos perfectamente torneados y tobillos angustiados por los calcetines; la que todo en ella es dulce, su cara, sus movimientos, su mirada y hasta su forma de beber agua; esa con los ojos un poco hundidos pero que tiene un cuerpo de escándalo y una mallas extremadamente cortas mostrando unas piernas fuertes y poderosas... En general, potencial fuera de tu alcance.

¿También un tercer día? El tercer día es igual de duro, pero solo por lo físico, porque esta vez sí que ha venido. La ves con unos pantalones de colores imposibles, y te encantan; una camiseta amplia por encima de otra más ajustada, y te pone; y una sonrisa al mirarte, y te asusta.

—¡Has vuelto! —te comenta sorprendida, ya te dije que no confiaba en ti—. Me alegro. Lo más difícil es al principio, luego lo conviertes en una rutina e incluso lo echas de menos cuando te saltas una clase.

—Sí, la constancia no es uno de mis fuertes —haces bien en contestar sin titubear, pero te das cuenta de que es un error ese comentario—. Pero es que realmente me ha gustado mucho, así que aquí me verás todos los días. Al final me pedirán que sea monitor —intentas bromear, y tampoco te queda bien, aunque lo intentas, vaya si lo intentas—.

Cuénteme qué pasó. Ella sonrío y entra en clase. Hoy se trata de musculación. Sí, Ander, hay músculos especializados en levantar ese tipo de pesos. Quema, ¿verdad? Treinta años sin usarlos no ayuda. Venga, piensa en que si sigues así algún día esos brazos podrán sostener a..., ¿cómo se llama? Te lo preguntas y decides que eso será lo primero que vas a averiguar al terminar la clase. Bien, Ander. Acaba la clase, y aunque vas empapado en sudor con la camiseta marcando tu decrepito cuerpo, crees que es el momento de hacerlo. Vale, no podemos dejar la oportunidad cuando se presenta, aunque no sea el momento idóneo. Sigue.

—Me ha costado un poco hoy —comienzas para justificar la pregunta, y en el fondo queda creíble—, pero a ti te he visto muy bien. Perdona, no sé cómo te llamas.

—Andrea, ¿y tú? —contesta educadamente mientras bebe agua y se prepara para entrar en la siguiente clase. Por supuesto, no intenta darte dos besos. No es el lugar, ni el momento.

—Ander, mi padre es vasco —añades convencido de que a ella le va a importar una mierda de dónde sea tu padre, pero te das cuenta demasiado tarde. Puede que ya, metido en este berenjenal, sea el momento de preguntarle si quiere tomar algo. Desde mi punto de vista es una gran cagada, demasiado pronto, pero no tienes mucha habilidad social, y con las chicas simplemente no tienes habilidad, ni experiencia, ni gracia, así que el momento es lo de menos—. Si quieres, un día podríamos comer juntos algo rápido antes de volver a la ofi. Conozco un restaurante de comida vegetariana donde podemos tomar una tapa sana antes de volver.

Muy bueno, Ander, me has dejado muerto. Sorprendido. Me has despistado con la comida vegetariana, ¿en serio? Nadie se creería que hayas ido en tu puñetera vida a un sitio de esos, pero ha colado. Eso no sale de la improvisación, ni de puta coña. Seguro que has visto algo que te ha dado la pista. Da igual. Lo aplaudo, aunque me imagino la respuesta.

—Claro, ¿por qué no? —afirma Andrea sin dudar— Me encanta la comida vegetariana, aunque no diría que no tampoco a una hamburguesa —comenta entre risas, aunque hace ya un rato que has desconectado

porque aún no has asimilado el «claro».

Madre del amor hermoso, Ander, se te ha quedado cara de gilipollas, pero seguramente yo tenga la misma. No salgo de mi estupefacción. ¡De verdad te está saliendo bien! A ver si tengo que tragarme mis palabras y cambiar todo esta historia. Comienza la segunda clase y ella entra. Tú no, claro. Podrías morir en el esfuerzo, y al fin y al cabo ya has cumplido por hoy, con ella y contigo. Bien.

Por eso has pasado dos días en las nubes, fantaseando, aprendiendo de comida vegetariana y vegana, calculando lo que dirías y lo que omitirías o eligiendo y comprando ropa nueva. Dos días que en el trabajo no eres el capullo hijo del jefe, sino el capullo hijo del jefe con cara de gilipollas. Y es que tienes una estúpida sonrisa que no te favorece. Pareces Felipe IV con gafas y corbata. Ridículo. Nadie te lo dirá, faltaría más.

Vale. Pues vamos allá con la resolución. Las dos, hora de ir al gimnasio. Vas dando pequeños saltitos y entras abriendo la puerta con un vigor primaveral. Todo está de tu parte, menos tú. Ella está introduciendo su código para pasar las tornas que dan acceso a las salas y cierto nerviosismo te atenaza. No hay problema, es de ese tipo de temor que gusta, cuando crees que todo irá bien. Te planteas el acercamiento con frialdad estratégica. Sin demostrar excesivo interés, ni dudas ni prisas. Poco a poco, como harías cualquier día, también te acercas a poner tú número en el ordenador para poder entrar detrás de ella. Espera, ¿qué hace ese chico con músculos en los músculos que se acerca a tu presa? ¡La hostia, le acaba de dar un beso en los morros!

—Hasta luego, cari —le dice un recién salido del vestuario con cara de «molo, molo»—. Luego te paso a recoger y vamos a casa de tus padres.

—Ok, y recuerda que hoy el niño sale antes —dice ella para terminar de pisotear tus esperanzas.

Estamos jodidos, sobre todo tú, Ander, tiene novio. O marido. Y le llama «cari». ¿Hijos? Pero si es muy joven. Lo siento, de verdad. Esto ha sido duro, un golpe bajo. Aunque veas cierta sonrisa en la comisura de mis labios te aseguro que me ha fastidiado mucho. Estabas con la guardia descuidada. Te veías ganador y has vuelto a perder. Dale una oportunidad, puede que realmente lo de ese chico sea temporal y en realidad tengas una opción. Vale, con hijos y temporal no suele ser muy viable. Pero, ¿por qué te ha dicho que sí a la comida? Puede que busque un amante, aunque me extrañaría que lo buscara en su gimnasio. Aunque me imagino que me extrañaría más que fueras tú. Lo siento, no quería hacer leña del árbol caído. Tal vez deberíamos quitarnos, los dos, los pájaros de la cabeza. Seguramente ella solo fue educada, o te vio como un amigo potencial, sin peligro, sin maldad en tus palabras... Mírate, quién

podría tenerte miedo. Creo que lo mejor será que te olvides.

Vas a la clase como quien hace la colada o plancha las camisas. Automata, sin pasión, sin esforzarte y con ganas de que termine rápido el suplicio. Perderás el dinero de la matrícula y de los seis meses que has pagado por adelantado, pero hasta aquí llega tu escaramuza saludable.

No habrá más clase por hoy. Vuelves a la ducha. Otra vez tu redonda figura bajo el agua tibia. No lloras. Aún no lo has asimilado, pero lo harás. Otra vez. Al menos en esta ocasión nadie se ríe de ti con burlas sordas. Qué más da, a eso estabas acostumbrado. En la ducha no hay traidores, sabes lo que pasará, siempre. Es entonces cuando asumes que sí se puede ser impermeable al ejercicio, pero no al dolor, ni al fracaso. Y es que tú y yo sabemos qué pasará en la próxima ocasión: no, una vez más.